



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Damián: fisonomía espiritual y personalidad

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

FISIONOMÍA ESPIRITUAL Y PERSONALIDAD DEL P. DAMIÁN	3
SU TEMPERAMENTO	3
Un buen hombre: Padre Damián de Molokai	9
"Un hombre de hoy: Vida de Damián de Veuster, amigo de los leprosos"	11
La herencia del Padre Damián, "Apóstol de los leprosos"	15
Perfil de Damián SERVIDOR DE DIOS, SERVIDOR DEL HOMBRE	18
SU BREVE VIDA	18
SERVIDOR Y TESTIGO... SIN VOLVERSE ATRÁS.	19
MÉDICO DE CUERPOS Y DE ALMAS.....	20
CONSTRUCTOR DE EQUIPAMIENTOS Y DE COMUNIDAD.....	20
APÓSTOL DE LOS LEPROSOS	21
SEMBRADOR DE ECUMENISMO.....	21
EL HOMBRE DE LA EUCARISTÍA.....	22
LA VOZ DE LOS SIN VOZ	23
MENSAJERO DE ESPERANZA	24

FISONOMÍA ESPIRITUAL Y PERSONALIDAD DEL P. DAMIÁN

SU TEMPERAMENTO

*Mgr. Karl Cruysberghs, "De Ziel van Pater Damiaan uit zijn Familiebrieven"
Sint Antoniusberg, 9, LEUVEN, 47 pp. ("Disquisitio" 129-133)*

El autor de este opúsculo nació en Meerhout, el 28 marzo 1891, sacerdote de la diócesis de Malinas.. Canónigo honorario del Capítulo Metropolitano, Prelado doméstico de la Casa de S. Santidad. Doctor en teología 'honoris causa' de la Universidad de Lovaina, capellán general de Boerenbond, de nacionalidad belga. Fue el "XIII testigo en el proceso de Malinas" (Summ. p. 326) Cf. Summarium super virtutibus, pp. 326-333.

En las "*Novae animadversiones*" p. 4, Q. III, 1) hablando de la manera de ser del Servidor de Dios, el Promotor de la Fe dijo: "... Para esto pienso que es útil consultar el folleto sobre la índole psicológica-moral del P. Damián editado el año 1948 por el Rev. Carlos Cruysberghs, Testigo 13º del Proceso de Malinas y conservado en las Actas..."

He aquí la traducción del texto íntegro en lo que se refiere al *temperamento del Siervo de Dios* (pp. 14-23).

Su temperamento

Es imposible separar completamente el temperamento y la vida del alma. Subrayaremos sobretodo el temperamento de Damián tal cual se nos revela en sus cartas.

Los grandes acontecimientos de su vida – y ha conocido abundantes -, en cuanto podemos constatar, le dejan *relativamente indiferente*. Sabe muy bien qué es lo que sucede, pero en modo alguno es débil o tierno, sino más bien duro. Ahí está esperando para partir hacia las misiones. Tiene 23 años. Probablemente no volverá jamás. El adiós que dirige a los padres y a los suyos significa: ¡nos veremos en el cielo! Aún los santos se dejan conmovir por una tal situación. La carta de despedida (Brême, 30 octubre 1863) es mucho más cerebral que afectiva. Habla "de un gran sacrificio para el corazón" pero añade palabras de consuelo, tranquilas, y razonables. A veces uno podría pensar que no habla de su propio caso, sino que amonesta por otro misionero

que parte: "Es nuestro mismo Salvador quien nos dice como a sus primeros apóstoles: *Id, enseñad a todas las gentes...* Son las últimas palabras de nuestro divino Salvador mismo, bien consoladoras para nosotros. Jesucristo está de una manera particular con los misioneros. Él es quien dirige todos sus pasos, quien les preserva de todos los peligros, es él quien manda al viento calmarse y apaciguarse a la mar". Y así el resto, en ese mismo tono.

Las palabras de Damián – pero sobretodo sus actos – muestran su *profundo espíritu de fe*, pero no son en modo alguno "muy sentidas", en el sentido emotivo de la palabra, salvo en algunas excepciones (de las que hablaremos más tarde).

Es ordenado sacerdote en Honolulu. Escribe a su hermano: "¡Ay!, que corta fue nuestra preparación, para un tan sublime misterio. Recuerdo las emociones que sentiste el día que tuviste el honor de subir por vez primera al altar para inmolar allí la víctima santa de nuestra salvación. A mi me sucedió lo mismo, con la diferencia de que te encontrabas rodeado de padres y de hermanos, desde siempre formados en la religión, mientras que para mí todos eran hijos nuevos en la religión, venidos de todas partes, para ver a sus nuevos padres espirituales... De modo que, querido Padre, si mi corazón no hubiera sido tan duro como es, me parece que se habría fundido como la cera, tan fuerte era la impresión que sentí al dar por vez primera el Pan de vida." (23.08.1864).

Conciencia profunda, un momento de emoción intensa, es cierto... pero *sus palabras no están pronunciadas por un corazón emotivo*. La carta en francés, que en esta ocasión escribe a sus padres, es del mismo género, pero de un sentimiento aún más sobrio y breve: En esta piensa sobretodo en las obligaciones que incumben a su sacerdocio, en medio del paganismo, y pide oraciones.

Los que lean sus cartas, no podrán poner en duda el afecto del P. Damián por sus padres y sus próximos. Pide noticias, a menudo y muchas, quiere saber hasta en los detalles cómo se encuentran, ruega por ellos, les da consejos. "Al acabar la Misa me entregan un paquete de cartas, entre otras la vuestra. Media hora de acción de gracias antes de abrirlas. ¡Qué mortificación!, rezo mucho por la familia, aunque con un poco de distracción" (18 febrero 1883)". "Pero no os admiréis si vosotros no recibís más que una carta por año. En verdad no tengo tiempo para pensar mucho en vosotros, como no sea en mis oraciones" (8 diciembre 1874).

La abuela muere en 1861. Damián se encuentra aún en París. "Un novicio que mantiene correspondencia con el P. Pánfilo, me dio la noticia durante la comida. Un súbito escalofrío se apoderó de todos mis miembros, cambié completamente de color y a duras penas podía seguir en el refectorio. Felizmente la primera emoción no sólo se calmó sino que hasta se cambió en alegría con una pequeña reflexión que hice sobre estas palabras: "todo cuanto Dios hace, está siempre bien" (25 abril 1861).

En 1868 muere la hermana casada de Damián, Constanza: "Me he enterado de la muerte de Constanza por la carta de Pascua, triste noticia. Que se haga la voluntad de Dios: todos hemos de morir algún día. Vivamos piadosamente a fin de estar unidos eternamente a Dios en el cielo. He ofrecido el Santo Sacrificio de la Misa por ella. Cómo están sus cuatro pequeños hijos ¿todavía viven todos? (enero 1869).

Paulina, que es religiosa en Uden, muere en 1873: "Una pequeña carta de Augusto (P. Pánfilo) me ha anunciado la santa muerte de Paulina ¿Cómo estáis todos vosotros?" (25 noviembre 1873).

El padre muere al año siguiente. "Con tristeza me he enterado de la muerte de nuestro querido padre. Ah, ya no está entre nosotros. Espero que esté en el cielo con nuestras cuatro hermanas. Allí es donde todos nos juntaremos con él. Espero que nadie de nuestra familia falte a esta llamada. ¿Cómo estás tú, querida mamá?" (8 dic.1874).

En fin, en 1886, la mamá cae gravemente enferma. "Aún esperando que Dios le devuelva la salud, no podemos esperar verla de nuevo como estaba, teniendo menos edad. Cumple ahora 82 años de una vida bien laboriosa y necesita un descanso en el seno de nuestro Padre eterno. Vuestras frecuentes visitas la compensarán, así lo espero, de mi ausencia y por favor asegúradla de que no la olvido en el altar" (agosto 1886).

Esta resignación, llena de dominio de sí mismo, es la obra de la gracia en un alma que vive constantemente con el pensamiento de la muerte y del cielo. Pero esta calma notable es también cuestión de temperamento. El P. Damián *en modo alguno es un sentimental.*

En su apostolado quería permanecer *libre e independiente de toda influencia familiar*. La prueba se halla en lo que escribe desde Molokai a los suyos referente a su propuesta de poder iniciar, por su intermedio, un comercio de café: "En relación a lo que me decís de hacer comercio con los almacenistas de aquí, quitaros eso de la cabeza. Comprenderéis que por mí parte no puedo hacer absolutamente nada, ¿y en quién podríais confiar? Por otra parte el café está bien caro por aquí, 1 franco los 20 céntimos de libra, añadid el flete, la aduana y el peligro de una larga navegación entre 100 y 200 días de mar. Se expone uno a la ruina. Continúad tranquilamente tras las huellas de nuestro padre y ante todo sed buenos cristianos, porque al fin ¿qué de bueno comporta el hacerse rico y condenarse después eternamente?" (15 marzo 1876).

Depresión, melancolía, tristeza, no se encuentran en estas cartas. Una sola vez a sor Paulina, le habla del penoso fardo que sobrelleva. Se encuentra aún en Kohala: "*En general tengo muchas preocupaciones y pocos consuelos. Tan sólo por la gracia de Dios encuentro suave y ligero el peso que nuestro buen Maestro se ha dignado cargar sobre mis espaldas. Cuando alguna enfermedad llega, me alegro porque mi fin se acerca. Me encuentro enteramente resignado y contento con mi suerte, feliz si la perseverancia corona mis*

trabajos" (14 julio 1872). Una vida como la suya debía de sentir el peso del día y del calor – "pondus diei et aestus" – pero pesaba mucho más sobre sus espaldas que sobre su corazón. Por otro lado él habla de la consolación que experimenta sobretodo en la administración del Santo Bautismo (11 enero 1869).

Esta dureza que posee un fundamento sólido y sobrenatural se manifiesta en todos los aspectos de su vida.

Es un obrero fuerte: hace de albañil, carpintero, viaja, hace planos; todo con ese amor por el trabajo, propio del flamenco que él es. Cuando sus construcciones se destruyen por un terremoto o por un huracán, comienza de nuevo. En todo lo que él narra, su alegría por el trabajo aparece con evidencia. "Durante el verano he trabajado cuatro meses fuera del hospital (leprosería) como carpintero, para construir una nueva iglesia de 44 pies de largo – 22 de ancho, con 10 ventanas góticas y una torre de 50 pies de altura. La construcción entera ha costado más de 5000 francos. Allí habita ahora un nuevo sacerdote. No me da vergüenza convertirme en obrero cuando se trata de la gloria de Dios. Desde que estoy en la misión (10 años) he construido aproximadamente cada año una nueva iglesia o capilla. La costumbre de trabajar que adquirí cuando estaba en casa me produce buenos servicios" (8 diciembre 1874).

"Estoy demasiado sobrecargado de trabajo para poder escribiros más y para escribir a la familia. El gobierno me ha encargado establecer aquí un gran hospital, para tratar bajo mi dirección varios centenares de enfermos. Así que debo trabajar no solamente como sacerdote, sino como doctor y arquitecto" (agosto 1886).

Los testigos de la vida del P. Damián en las islas Hawaii dicen que era anguloso de temperamento. Así José Dutton, un anglicano convertido, que fue durante tres años, 1886 a 1889, su estimado colaborador, escribe que él (el P. Damián) podría ser muy vehemente e irritable (very vehement and excitable), sobretodo cuando encontraba oposición en circunstancias en que él creía tener razón. Decía y hacía cosas de que se arrepentía después, pero no guardaba rencor. Era también bastante autoritario. Sabía lo que quería y mantenía decididamente la ejecución de su voluntad. Solía mostrarse duro en su apostolado. En su miseria y en busca de consolación, los leprosos se entregaban en exceso a la danza y a la bebida. Cuando Damián escuchaba el uli-uli, una suerte de tambor, se iba hacia allá con un grueso bastón. Ordinariamente las parejas habían desaparecido antes de que llegara; porque había vigías; debía entonces contentarse con destruir las calabazas que contenían la bebida. Así lo testimonia Ambrosio Hutchinson, un leproso que residía en Molokai desde 1879 y llegó a ser inspector en 1897. Damián se ocupaba, por otra parte, absolutamente de todo, "un exceso de celo": a veces se mezclaba en cosas que no le concernían, o solo parcialmente. Esto no aparece en sus cartas. Una sola vez escribe: *"El otro día debí enfadarme porque alguien había comenzado a cavar una tumba al lado mismo de la mía, muy cerca de la gran cruz, justo en el lugar que me había reservado hacia*

mucho tiempo para mí. A fuerza de insistir he conservado mi plaza vacía” (11 enero 1880). Pero esta “angulosidad” se conjuga ciertamente con su temperamento tal como le conocemos hasta el presente. El es un poco torpe, desmañado. En esa vida miserable entre enfermos rechazados y moralmente degenerados, uno no practica la cultura de las formas; en semejante entorno suele darse una vehemencia innata. Aún en las personas piadosas que no descubrían su caridad heroica – y envidiaban a veces su gran fama en el mundo inglés – no dejaba siempre la impresión de un santo.

Por otro lado, existía una tensión política entre el archipiélago de las islas Sandwich y los Estados Unidos. El gobierno de Honolulu veía con desagrado que América ayudara al P. Damián de un modo generoso. Se produjeron incidentes políticos: el gobierno local ¿era incapaz de ayudar a la leprosería de una manera eficaz? ¿Qué se hacía con los subsidios? El gobierno debía rendir cuentas y los periódicos debían publicar las cuentas. Las instituciones oficiales, eclesiásticas, proclamaban una actitud hecha de prudencia hacia la americanofilia de Molokai.

Durante los últimos años de su vida, sus enemigos le calumniaron de no observar el celibato. Apenas se puede llegar a sospechar el martirio que esta acusación causó en el sacerdote leproso. Nada se encuentra sobre esto en su correspondencia, pero los testigos han guardado la palabra tranquila y categórica por la que afirmó su inocencia. Tras un examen repetido y profundo, no se encontraron huellas de esta calumnia. Hecho extraño, pero eso también pertenece al complejo de nuestra psicología: este Damián robusto, duro, vehemente, tenía una conciencia delicada. *“En esta región increíble estoy expuesto a muchos peligros espirituales y físicos. Sabiendo que nada puedo con mis propias fuerzas, pongo toda mi confianza en el Señor que me ha admitido como su servidor y que me alimenta diariamente con su carne y con su sangre en el Santo Sacrificio de la Misa”* (12 octubre 1869).

Constantemente y con insistencia pide oraciones. *“Oh, mi querido hermano, te lo suplico reza y haz rezar por mí y mis pobres ovejas”* (23 agosto 1864). *“Y vosotros, mis queridos Padres de Lovaina a quienes debo mi educación religiosa... no olvidéis al pobre H. Damián, rezad y haced rezar todos los días por mí, porque como vosotros sabéis, soy joven, tengo mis debilidades, a cada paso estoy expuesto a caer en las redes de la serpiente infernal, solo la gracia puede sostenerme en esta guerra continua que he aceptado entablar, tanto con el diablo como con sus sectarios (los herejes)”* (marzo 1865). En su última carta dos meses antes de su muerte, escribe: *“En el altar –donde hasta hoy puedo aún subir todos los días (aunque con una cierta dificultad) no me olvido de ninguno de vosotros – y en recompensa rezad y haced rezar por mí – que avanzo despacio hacia mi tumba – Ojalá Dios me fortalezca y me dé la gracia de la perseverancia y de una buena muerte”* (12 febrero 1889).

El P. Damián ha sentido siempre muy fuerte la necesidad de un compañero religioso; esto lejos de ir contra su alta virtud, la testimonia. Lo que escribió sobre esta cuestión, forma parte de las palabras conmovedoras de su correspondencia. El mayor sacrificio para este hombre exiliado y leproso, es el no poder hablar ni confesarse regularmente con un compañero. Que no se

diga que tenía una gran necesidad de la confesión. En efecto, sintió esa necesidad, pero no como los degenerados – estos no la sienten – sino más bien como todos los verdaderos y santos sacerdotes. *“Aunque el misionero siente de una manera muy particular la asistencia de Dios, el corazón pide sin embargo esta especie de asistencia exterior de un compañero para hacer desaparecer las ideas negras que engendra un contacto diario con un mundo corrompido. Así durante los pocos días que estamos juntos, nuestros pulmones se dilatan por un exceso de gozo. Después de esto nos sentimos de nuevo más fuertes para aplicarnos al Sto. Ministerio”* (22 septiembre 1870).

En la segunda mitad de 1881, a causa de la viruela, se habían prohibido los viajes. “Durante seis meses prohibición absoluta de viajes de una isla a otra. Al estar temporalmente como único sacerdote en la isla de Molokai, tuve que tomar por confesor al Sumo Sacerdote nuestro Señor, reservado habitualmente en el sagrario” (13 diciembre 1881). Citaremos enseguida otros textos que prueban la delicadeza de conciencia de Damián: se refieren a su devoción al Santísimo Sacramento y a su obediencia.

Es duro en su contacto con la enfermedad horrible de la que cada día constata sus estragos. “La lepra es una enfermedad casi incurable, comienza poco a poco por una corrupción en la sangre y se manifiesta primero con manchas negruzcas sobre la piel, sobretudo en las mejillas – en estas manchas se pierde la sensación, al cabo de algún tiempo todo el cuerpo queda cubierto de ellas y entonces comienzan las llagas – sobretudo en los pies y en las manos, los dedos de los pies y de las manos parecen como comidos y despiden un olor fétido, su respiración igualmente envenena el aire. Me cuesta mucho habituarme. Un día en la misa mayor estuve a punto de dejar el altar para respirar el aire puro, el recuerdo de nuestro Señor ordenando abrir la tumba de Lázaro me retuvo. Actualmente la delicadeza de mi olfato se ha habituado a ello. Entro en sus casas infectadas sin dificultad.

“Algunas veces sin embargo confesando a los enfermos cuyas llagas están llenas de gusanos, como los cadáveres en la tumba, necesito taparme la nariz. No sé dónde hacer la unción de la Extremaunción.

“Si como sucede a menudo todo el pie o toda la mano no es más que una llaga, eso me sirve de signo de una próxima muerte. Así no tengo, como otras veces, que tomarle el pulso. Con esta descripción ya puedes hacerte una idea de mis ocupaciones diarias durante más de seis meses. Figúrate un capellán de un hospital de 800 enfermos, que todos tienen la lepra. No hay médico. Con toda su ciencia son inútiles aquí. Un blanco leproso y tu servidor le suplimos” (25 noviembre 1873) “Ya van para 7 años los que estoy aquí entre los leprosos: durante este largo lapso de tiempo he tenido ocasión de ver de cerca y casi tocado con el dedo la miseria humana en todo cuanto tiene de más espantosa. La mitad de nuestras gentes son como cadáveres vivientes a quienes ya los gusanos comienzan a devorar, primero en el interior y pronto al exterior, formando así llagas hediondas que raramente se curan. En cuanto al olor imagínate el “jam foetet” de S. Lázaro” (31 enero 1880). “La nariz del confesar tiene aquí su parte de mortificación junto con las orejas. Con la

diferencia sin embargo que puedo taparla si no quiero sentir demasiado la infección del cuerpo... En el momento en que el sacerdote da la comunión, una persona acostumbrada sostiene un pequeño mantel bajo el mentón de cada comulgante; como varios entre ellos están ciegos y otros tienen los labios muy enfermos, hace falta mucha precaución al darles la comunión" (18 enero 1883).

El P. Damián no es ni vulnerable ni sensible en extremo. Es la obra de la gracia de Dios que le fortifica en su vocación casi sobrehumana; pero aquí trabajan también los cimientos, la naturaleza, la fuerte naturaleza de un vigoroso sacerdote flamenco; y todo ello está ennoblecido por la gracia. Veremos más tarde su noble actitud con su propia enfermedad.

Damián poseía una vida afectiva equilibrada, con un aspecto más bien duro, su temperamento se inflamaba rápidamente pero se apagaba también deprisa, tenía un temperamento fogoso, una fuerte voluntad. Es el tipo del pequeño campesino *hagelandés* (el Hageland es un pequeño y singular territorio de Flandes donde se encontraba su pueblo, N.T.); con esa madera se ha tallado un misionero sólido.

Un buen hombre: Padre Damián de Molokai

GAVAN DAWS, "*Holy Man: Father Damien of Molokai*", Harper et Row, New York, 1973, 293 págs.

El autor del libro es de origen australiano, profesor de Historia en la Universidad de Honolulu. Ha obtenido el primer premio anual de la Universidad de Hawaii en consideración a su excelente enseñanza. Es presidente de "*Life of the Land*". Ha escrito también el libro "*Shoal of Time: A History of the Hawaiian Islands*" (1968). En su introducción dice expresamente de ese libro que "es el intento de un no católico – o mejor aún, de un no cristiano, en el sentido estricto de la palabra – por exponer la vida del Padre Damián en una perspectiva histórica y biográfica.

He aquí algunos testimonios externos a la Congregación sobre el libro:

a) "Técnico de la investigación, el autor da pruebas de un juicio sereno en sus demostraciones y hace una exposición clara de la situación social y política en cuyo interior vivió y actuó el P. Damián..." (Revue "*Triumph*", Warrento, Virginia, USA, Marzo 1973, p. 37).

b) "En su libro "*Holy Man*", Daws hace el retrato de un hombre más que de un santo y deja al lector descubrir la fuente y los signos de la santidad..." (Journal, "*Pilot*", Boston, Mass. 1973, section "*Books-in-the-News*").

Ofrecemos aquí la versión francesa de las pgs. 248-249.

[...] Leyendo tan solo los comentarios de los testimonios sobre el Siervo de Dios, sería posible llegar a un amplio juicio, en tanto que fuera posible, y sería el siguiente: que la excepcional entrega de sí mismo en su trabajo ha sido para el P. Damián la fuente de todas sus dificultades con los Superiores y con el mundo político en el reino de Hawaii. Dutton que fue un admirador del P. Damián, vivió sus defectos de carácter, pero dijo que tales defectos eran consumidos como la paja por el fuego de la caridad del Padre.

Lo más extraño era que el P. Damián reunía en su persona buen número de los rasgos de carácter de sus más próximos compañeros, amigos o adversarios. Tenía en sí mismo al P. Andrés Burgerman, el sacerdote-médico de temperamento inestable; un cierto paralelismo con el P. Alberto Montiton, el "energúmeno" achacoso; mucho de la paciente abnegación, y de la dura tenacidad, de tipo no mundano, de Dutton.

Al mismo tiempo, le faltaba casi enteramente esa oportuna visión concreta, de la que sus Superiores, especialmente en Honolulu, tenían necesidad para sostener la misión socialmente y políticamente.

Damián empleó la mayor parte de su vida en buscar su propia definición esforzándose al mismo tiempo en hacer de esta vida algo más que una simple autodefinición o un autoservicio. Las primeras autoridades que encontró y con las que tuvo que enfrentarse, las de la familia directa, le prepararon para enfrentarse cara a cara con las autoridades más eminentes que encontró encarnadas en la Congregación: otros Padres y Hermanos con los que medirse. Detrás de todo ello, y finalmente, estaba Dios el Padre y Cristo el Hijo, a quienes debía servir por encima de todo y servir hasta el fin. En Kalawao Damián encontró – tenía la certeza – un camino para convertirse en sí mismo y ser un servidor de Dios, en la imitación de Cristo. Quería que todo esto no fuera más que una sola y misma cosa, en otros términos, él quería ser un buen sacerdote.

Si sus Superiores y sus compañeros – Padres y Hermanos con sus concepciones propias sobre lo que era servir a la Congregación de los Sagrados Corazones – encontraron duro vivir a su lado, eso podía deberse a muchas razones: el P. Damián era un hombre difícil, ellos mismos eran hombres difíciles; la situación era difícil. Por encima de todo, Damián, más que ninguno de sus compañeros se esforzaba, según una cierta manera, de poner todo su ser – tanto lo que en él era malo como lo que tenía de bueno y de extraño – al servicio de cualquiera que tuviera cerca y esto de un modo que muchos pudiesen reaccionar.

La capacidad de suscitar una reacción puede tener que ver algo con el carisma, esa realidad inaprensible; y el lugar del carismático en una institución como la Iglesia jerárquicamente organizada, jamás ha sido comfortable. Empujes personales al estilo más poderoso producen a veces una especie de responsabilidad religiosa desagradable para aquellos que llevan la carga de

mantener un prudente equilibrio en el interior de la institución. Quizás fuera este, hablando abstractamente, el caso del P. Damián.

“Cálmese y obre como todos los demás”, era la costumbre del P. Fouesnel de hablar a Damián. Pero Damián era un hombre poco ordinario que vivía en un hervor de santidad. En consecuencia aparecía como un agitador a los ojos de sus Superiores inmediatos que le conocían como persona y como un héroe a los ojos del mundo donde se le conocía sólo por sus obras. En una palabra: un caso raro, una excentricidad, una excepción a la regla, un obstáculo – un hombre excepcional ciertamente pero que paradójicamente era muy ordinario en su comportamiento personal que fue el de un pueblerino, nacido y desarrollado en el campo

Este juego alternado de ordinario y extraordinario produjo dimensiones de tragedia moral y de grandeza a causa de la lepra, obligando a todos que le conocieron o escucharon hablar de él, una vez que su historia fue conocida en el mundo, a proponer el problema de la santidad como la vida del P. Damián la planteaba, a saber, si podía existir un ser tal como lo afirmaba Robert Louis Stevenson: con todas las aspiraciones y todas las pequeñeces del género humano, pero nada menos que un héroe o un santo.

“Un hombre de hoy: Vida de Damián de Veuster, amigo de los leprosos”

JOHN BEEVERS, *“A Man for Now: The Life of Damien de Veuster, Friend of Lepers”*, Doubleday et Company, Inc. Garden City, New York, 1973, pp. 192, 1er. Edition.

El autor del libro es graduado de la Universidad de Cambridge y miembro de la “Oficina de Informaciones de la British Broadcasting Corporation”. Además de numerosos artículos en los periódicos y las revistas ha publicado diferentes libros, entre ellos una *“Santa Juana de Arco”*, considerada por el *Times* de New York como “una de las mejores pequeñas biografías de Santa Juana que se puede encontrar en lugar alguno”.

“A Man for Now” es una obra lograda, bien documentada, aún cuando contenga alguna inexactitud. El autor después de haber trazado, en los tres primeros capítulos, la vida del P. Damián, se propone, en la cuarta, exponer la manera de ser del Siervo de Dios y lo que se podría llamar la significación del Padre Damián para el hombre de hoy; “... la entrega sin reserva del P. Damián por la humanidad, hace de él un hombre de nuestro tiempo, un hombre de hoy: *“A Man for Now”*. Continúa con dos apéndices. Las páginas que siguen son la traducción del juicio del autor sobre el Siervo de Dios; pp. 149-150.

[...] “El P. Damián no era un intelectual. No era un hombre de muchas ideas y jamás buscó aumentar el stock de las que tenía, a fuerza de reflexión o de

lecturas extensas. Después de que dejó el seminario parece no haber leído más que la Biblia, su breviario y la Imitación de Cristo. Por otro lado no se podía esperar ver a un hombre en una situación como fue la suya, sentarse durante horas ante un libro. El poco tiempo de que podía disponer, lo entregaba a la oración o a la correspondencia con sus superiores y con su familia. Pero la falta de inclinación por la lectura constituía un obstáculo tan eficaz como la falta de tiempo. Además de los tres libros acabados de señalar, tenía dos registros manuscritos: eran pequeños pero gruesos cuadernos que había llenado en Lovaina y París, cuando él seguía los cursos de Teología dogmática: a veces los consultaba.

Ateniéndose a lo que él decía o escribía, parece que jamás haya reflexionado sobre las grandes verdades de la fe. Las aceptaba. Con lo que hacía bien. Como él, habrían hecho una muchedumbre de otros santos: poco numerosos son los que tienen sus delicias en la meditación de estas verdades descubriendo en ellas nuevas aplicaciones y encontrando profundidades inexploradas de sentido en el dogma o en una frase de la Sagrada Escritura. Una sola palabra caída de los labios de Nuestro Señor es una mina de riqueza inagotable. Pero, como dice Sta. Teresa de Ávila: "No es dado a cada uno tener una imaginación apta para la meditación, pero cada uno es capaz de amar".

Damián tampoco tenía el don de un pensamiento original. Apenas aparece solamente que haya pensado. Queremos decir con esto que no tenía la aptitud para la especulación, para manejar la abstracción. Sus pensamientos concernían a los leprosos y a la manera de hacerles el bien espiritual y físicamente. Si por casualidad el anota por escrito un pensamiento sobre la religión, es una vulgaridad, sin ser por eso una nonada. El tiempo ha reducido cualquier gran verdad a la talla de un lugar común. Que no haya tenido jamás un pensamiento original en la cabeza, no hay por qué avergonzarse. Las grandes herejías fueron todas un pensamiento original en su tiempo y es ser original mantener que dos y dos son cinco. Por citar una vez más a Sta. Teresa. "Lo importante no es pensar mucho, sino amar mucho".

Damián tampoco es un místico. No tuvo visiones, no escuchó voces, no tuvo éxtasis. No hizo la experiencia de la "noche oscura del alma".

No tuvo el sentido de la belleza natural del universo. Transplantado de las apacibles campiñas de Bélgica a las islas sobre el trópico, jamás hace una reflexión a propósito de la decoración extraordinariamente diferente que le rodea. Árboles, flores, pájaros e insectos, todo ello era diferente de cuanto conocía pero no les presta atención. Su espíritu había sido fabricado en el molde clásico, no en el romántico. Las montañas eran obstáculos, la mar era incómoda y peligrosa y los árboles madera para carpintería. Gauguin se encontraba en los mares del Sur al mismo tiempo que Damián, pintando "en una eclosión de luz y de vegetación entre una población amable". Damián no era Gauguin.

La política Damián la ignora. En 1870, escribiendo a sus padres decía: "Me ha turbado enterarme que la guerra ha estallado entre Francia y Prusia. Espero que Bélgica no será inquietada". Dos años más tarde en otra carta a su familia escribe: "Hemos leído los grandes desastres causados por la guerra. Nuestra querida Bélgica ha sido maravillosamente protegida por Dios". Al mismo tiempo escribía a su hermano Pánfilo, entonces profesor en Versalles y le preguntaba como le había ido con los Prusianos que ocupaban la villa. Estas son las solas menciones que hace de esta guerra tan decisiva. Lo que es sin embargo, y mucho más, sorprendente, es que no dice una sola palabra del hecho de que durante la Commune, la Casa Madre de la Congregación fuera asaltada y que cuatro de los Padres figuraran entre los sacerdotes masacrados en mayo de 1871.

Su indiferencia ante los grandes acontecimientos es digna de señalarse, en verdad En 1858 Nuestra Señora se apareció por primera vez en Lourdes. En los años siguientes, el obispo del lugar declaró las apariciones dignas de fe, permitió el culto de Nuestra Señora de Lourdes y proclamó que iba a hacer construir allí un santuario en su honor. El mundo católico se conmovía con estas noticias y la devoción a Nuestra Señora de Lourdes creció de año en año. Pero Nuestra Señora de Lourdes jamás es mencionada por Damián.

En diciembre de 1869, el Papa Pío IX inauguró el 1º Concilio Vaticano; al año siguiente proclamó el dogma de la infalibilidad pontificia. El obispo de Hawaii, formaba parte del Concilio. "Nuestro obispo sigue en Roma. No sé cuándo vendrá", así hablaba lacónicamente Damián en una carta de finales de 1870. Ni entonces ni después ninguna mención referente al importante dogma. Ni tampoco del Papa y sin embargo Damián vivió bajo tres pontificados.

Los mayores acontecimientos del mundo y de la Iglesia no le dicen nada. No quiero decir que les diera deliberadamente la espalda. Parece no ser consciente que está pasando algo. Una pequeña leprosería en el inmenso Pacífico, ese era su universo y miraba más del lado de la Casa Madre de la Congregación que del lado del Vaticano. Por tanto, estamos en presencia de un hombre que no está hecho para los pensamientos profundos, sin aptitud para subir a las alturas místicas de la fe – si es que sabía de su existencia – completamente privado de sentido estético y cerrado a las cosas de la política como a los importantes movimientos de la vida de la Iglesia.

"Agitado", "corriendo treinta y seis liebres a la vez", "desobediente", "testarudo", tales eran los calificativos que se empleaban durante su vida, de la misma forma que Sta. Teresa de Ávila, una entre los más grandes santos de la Iglesia. De esta suerte no debemos sorprendernos al saber que tales definiciones como "obstinado y voluntarioso", "brusco y arrogante", "un hombre con quien es difícil trabajar"; eran aplicados al P. Damián por ciertos miembros del Comité de Sanidad. Desde su punto de vista, estos funcionarios tenían probablemente razón. Damián era bien consciente de tener un temperamento vivo y de una tendencia a hablar antes de haber reflexionado. Este defecto le apenaba y estaba pronto dispuesto a pedir excusas. Le faltaba tacto y no sabía manejar una frase graciosa. Durante sus primeros días, tuvo

que contar con mucha obstrucción de parte del Comité de Sanidad. Esta obstrucción estaba inspirada parcialmente por la mala voluntad, pero mucho más por la prudencia, la repugnancia a tomar compromisos y la tendencia a dar largas a las cosas, que es la plaga de todos los comités. También se daba, además, el hecho de que el Comité no tenía fondos ilimitados. Otro defecto del P. Damián era su incapacidad para entrar en el punto de vista del otro. Un amigo le calificará de cabeza dura, un enemigo de obstinado. Un carácter vivo y la obstinación son ciertamente defectos, pero uno se pregunta si no eran realmente benéficos en la situación en que él se encontraba. Un sacerdote, el P. Aubert que hizo varias visitas al P. Damián, decía: "¿El P. Damián un obstinado?. Sí, era inquebrantable y sin ningún miedo en absoluto cuando había decidido cualquier cosa. Era bien necesario que fuese decidido cuando dejó todo por el amor de Cristo, especialmente cuando se encerró a sí mismo en la prisión de Kalawao, cuando se enfrentó contra las ingerencias de los puritanos en el Comité de Sanidad y cuando supo que se convertiría en un leproso. Hacía falta un coraje tenaz para permanecer en una situación tan repugnante a la humana naturaleza, hacía falta una abnegación heroica para sentirse a sí mismo feliz de morir como un leproso".

(...) Maneras apacibles y un aire de deferencia delicada hubieran podido ser interpretadas por el Comité como signos de una debilidad de alma. Siempre que se tratara de los leprosos, batalló y batalló firme. ¡Cómo puede censurársele por eso!... Su cólera, tenía que ser provocada. No era agrio. Habitualmente estaba alegre, feliz. Carlos Stoddard, le visitó dos veces. Ha dicho: "El personaje no tenía nada de rebuscado. La sotana estaba con manchas y remendada y sus manos sucias y callosas a fuerza de trabajo, pero su rostro resplandecía de bondad y tenía una risa contagiosa. Tenía un gran magnetismo personal y se sentía que era hombre para emprender y llevar a término las obras más difíciles.

El doctor americano Woods nos da su impresión de Damián, teniendo entonces treinta años: "Me sentí profundamente impresionado por él. Derramaba vida y vigor. Sin embargo sus maneras eran afables. Su rostro era abierto, con una encantadora sonrisa siempre dispuesta a florecer. Tenía una bella cabeza, con una cabellera negra en desorden".

Era de natural sencillo y esto aparecía en la sencillez y franqueza de su lenguaje y de su comportamiento. La R. Madre de las Hermanas de los Sagrados Corazones de Honolulu estaba admirada por ello: "No pensaba jamás en sí mismo y sin dudarlo se interesaba por aquello que podía ayudar a sus leprosos. Su comportamiento era siempre el mismo ya estuviera con el Rey o con su ministro o bien con los niños o los pobres". Damián cuenta la historia siguiente, a sus propias expensas. Estaba en Honolulu por la fiesta de Epifanía en 1883 y hacía de asistente en la Misa Pontifical en la Catedral. Damián escribe en una carta a su hermano: "El obispo, aunque joven, estaba bien a gusto durante esta solemne ceremonia. El P. Clemente que tenía una larga costumbre de estas misas, era el sacerdote asistente, pero Kamiano (su nombre para los canacas) estaba más acostumbrado a los leprosos que a los Obispos y había olvidado algo las atribuciones de su oficio de diácono.

Felizmente el subdiácono el P. Silvestre, fue bastante gentil para hacerme una señal, de tiempo en tiempo, sobre lo que debía hacer, de modo que las cosas sucedieron bastante bien... después tuve que predicar. Hablé de la vocación de los Magos, de su adoración, y de sus dones y explicaba su significado moral. Pero atención al predicador que habla durante más de media hora! Durante la comida, tuve que escuchar toda clase de comentarios sobre lo largo de mi sermón". Una vez más convino en que su pecado habitual consistía en la duración desmesurada de sus sermones.

Importa poco que Damián tuviera sus límites y sus defectos. Todos los hombres tienen los suyos y eso no impide que puedan ser muy sabios y muy virtuosos.

Lo que importa retener y aquello que estoy seguro que Damián conocía muy bien es esta cuestión que plantea la Imitación de Cristo: "Si comprendiera todas las cosas del universo y no tuviera caridad, de que me serviría todo en relación con Dios que juzgará de mis actos".

"Tenemos en Damián un sacerdote católico de inteligencia media, que no recibió, después de sus primeros estudios, más que tres años de formación en un seminario, formación que por necesidad ignora toda cultura profana. A la edad de 23 años, dejó Europa para siempre y pasó el resto de su vida en situaciones que ya se conocen (...)"

La herencia del Padre Damián, "Apóstol de los leprosos"

Al desaparecer la fuerte autoridad del P. Damián *un profundo cambio se produjo en la leprosería*. Es algo natural que entra en todo tejido de una historia. Citaremos los testimonios siguientes:

El enfermero *J. Sinnet*, fue un inglés conocido de Clifford, que llegó a la leprosería poco antes de que se pusiera ya definitivamente mal el P. Damián. Durante sus últimos días no se separó de la cabecera del P. Damián. Cada día, llegadas las 11 h. de la noche, Damián le recordaba que hicieran a preparación para recibir la comunión de Santísimo, que recibía puntualmente cuando el reloj daba las doce de la noche. Había comenzado el día siguiente. El sacerdote Conrardy bajaba a la cercana Iglesia de Sta. Filomena a quien acompañaba Sinnet con un farol. De él queda la frase admirada y admirable, sobre la comunión en la noche del P. Damián: "Parecía un serafín". Bien, pues Sinnet le escribe a su amigo Clifford: "Después de la muerte de nuestro santo leproso, tuvo lugar una transformación completa del antiguo orden de cosas. Ya no era una institución donde los hijos aprenden la virtud. No teniendo ya el temor saludable del Padre Damián... la borrachera era muy común entre los jóvenes que ya entraban en la edad adulta... La destilación ilícita, que el celo y

la energía del P. Damián mantenía en sus límites, se convirtió en una práctica regular"¹.

El Padre Provincial, Leonor *Fouesne* escribe: "Ha habido unas tres semanas de disturbios graves en Molokai a instigación de algunos malos sujetos. El sacerdote Conrardy ha sido amenazado como lo acaban de hacer con el Administrador del Gobierno, que terminó por evadirse escalando la montaña para llegar aquí (a Honolulu); la revuelta ha sido detenida, pero el P. Wendelin piensa que el fuego continúa bajo las cenizas"².

Por su lado el Padre *Wendelin Moellers* aclara: "Cómo admiro al P. Damián... por haber vivido sólo en medio de un pueblo más que ingrato y más que libertino. Hoy estamos en la leprosería cinco personas a su servicio, pero el P. Damián se encontró solo en sus trabajos."³. En 1902 el mismo Padre Wendelin tuvo dificultades con el BOH. Más de 100 parejas de la leprosería vivían públicamente en concubinato. El P. Wendelin en sus sermones, había denunciado esta situación. Por esto el BOH exigió de Mons. Gulstan Ropert, sucesor de Mons. Koeckmann, su traslación"⁴.

Es necesario añadir aquí sobretodo una palabra sobre la impresionante supervivencia o herencia del P. Damián. Su *influencia sobre el movimiento mundial a favor de los leprosos* se reveló maravillosa y durable. La mayor parte de los cristianos (católicos y protestantes) que se entregaron a los leprosos después de su muerte, no dudan en reconocer que en gran parte su vocación estuvo determinada por el P. Damián.

A la muerte del P. Damián (1889), excepto en América latina, no se contaban más que media docena de leproserías o de sacerdotes y de religiosas católicas que se entregaban a los leprosos. Pero apenas diez años más tarde, el impulso dado por el ejemplo del P. Damián era tal, que casi cada misión consideraba como un honor abrir una leprosería.

Al menos siete importantes leproserías fueron fundadas en el curso de los dieciséis años que siguieron a la muerte de Damián. En 1912 el amigo y colaborador de la última hora, el sacerdote Conrardy (gracias a su título de doctor y a los fondos sustanciales de las suscripciones) fundó la gran leprosería de S. José en la isla Shek-Lung, entre Hong-Kong y Canton. Con sus 700 leprosos fue largo tiempo la mayor leprosería del mundo.

Entre 1920 y 1950 se contempló la creación de unas 50 grandes leproserías en África, en la India, en China, en Indonesia, en Indochina, teniendo como enfermeras religiosas católicas en más de un centenar de instituciones gubernamentales.

¹ Carta a Edward Clifford, 24 julio 1889

² Carta al superior general, 12 agosto 1890

³ Carta al P. Mauricio Carta al P. Mauricio Raepsaet (Lovaina) octubre 1890

⁴ Cf. R. YZENDOORN, ss.cc., *History*, p. 230-231

Por lo que concierne a la retaguardia, la influencia del P. Damián ha sido quizás mayor y más penetrante todavía. Señalemos los esfuerzos del médico italiano *Vincenzo di Amato*, que organizó en 1923 en Roma la asociación franciscana internacional "Pro leprosis", cuyo fin es aportar recursos a todas las leproserías de las misiones y de emprender investigaciones científicas.

En 1936, el misionólogo belga, *Dr. Mensaert*, O.F.M. quería agrupar los esfuerzos del mundo entero en favor de los leprosos: tal organismo sería el más bello monumento erigido a la memoria del Padre Damián.

El *Dr. belga Hemerijckx*, comprometido desde 1928 con la misión de Tsoembe (Congo), muerto en 1971, fue el inventor de un remedio eficaz en la mayor parte de los casos de lepra y creador de la idea de asistencia ambulante de los enfermos, desterrando la concentración en leproserías.

En Francia, *Raul Follereau* fundó "La orden de la Caridad" cuya beneficencia a favor de los leprosos es mundial, gracias a la colecta anual en varios países. Congresos internacionales en Madrid (1935) y Roma (1956) fueron consagrados al estudio de la lepra.

La vuelta de los restos del humilde misionero a su país natal, en 1936, fue un triunfo. Fueron recibidos por el rey, el gobierno, el episcopado. El *cardenal Pacelli* (futuro Papa Pío XII) escribía el 25 de abril de 1936 al *cardenal van Roey*, arzobispo de Malinas: "La sublime entrega de este religioso, consumiendo su vida en las lejanas islas de Hawaii al servicio de los leprosos, permanecerá como una de las más bellas páginas de la actividad apostólica de nuestro tiempo".

En su panegírico del 11 de mayo de 1936 en Lovaina, *Mons. Cruysberghs* (vicerector de la Universidad católica de Lovaina) decía: "El P. Damián será por siempre una apología viva, porque se ha planteado su caso. Hay que resolverlo. Damián el héroe no se explica más que por Damián el santo". Nada menos que el *Mahatma Gandhi* rindió este sorprendente homenaje al P. Damián y a sus sucesores: "Si el cuidado de los leprosos es tan querido para los misioneros y especialmente para los misioneros católicos, es porque ningún otro servicio exige un mayor espíritu de sacrificio. Requiere el ideal más elevado, la abnegación más perfecta. El mundo de la política y de la publicidad no pueden mostrarnos un héroe de la talla del apóstol de Molokai, el P. Damián. La Iglesia católica al contrario cuenta por miles los que a ejemplo de este héroe, se han entregado al servicio de los leprosos. Valdría la pena buscar en qué fuente se alimenta este heroísmo".

Perfil de Damián

SERVIDOR DE DIOS, SERVIDOR DEL HOMBRE

SU BREVE VIDA

José de Veuster – el futuro Padre Damián, beatificado por el Papa Juan Pablo II en Bruselas el 5 de Junio 1995 – nació en Ninde, una granja, como tantas, esparcida por el término municipal de Trémelo, el 3 de Enero 1840, en una familia de agricultores y comerciantes de grano. Gozaban de una hacienda acomodada, en medio de la mucha miseria que asoló por aquellos años las tierras del Brabante flamenco, el corazón de Flandes en Bélgica. Cuando su hermano mayor entra en la Congregación de los Sagrados Corazones en Lovaina – antes había sido seminarista en Malinas – José va tras su hermano para hacerse también religioso. En su vida se dan no pocos hechos históricos, que la psicología caracteriza como de “atleta”, resumidos en “no voy a ser yo menos”. Allí comienza en febrero 1859 su noviciado y toma el nombre de Damián.

En 1863 su hermano, que iba a partir para la misión de las Islas Hawaii, cae enfermo. Estaban listos los preparativos para el viaje, lo que ayuda a Damián para que obtenga del Superior General de París, el permiso para sustituir a su hermano. Desembarca en Honolulu el 19 de marzo 1864, día de su santo. Allí mismo, después de pasar unos meses de silencio, oración y aprendizaje de la lengua nativa en el colegio que tenía la Congregación en el interior, es ordenado sacerdote en la catedral de Honolulu por Mons Maigret, ss.cc. el 21 de Mayo siguiente. Sin esperar más, Monseñor le acompaña a su destino de Puna, la región más alejada, al este de la Isla Grande de Hawaii Son las franjas habitables que deja el volcán Kilawea, entre él y el mar. Allí y en otros espacios permanece misionando durante nueve años.

Por aquellos días, para frenar la propagación, el gobierno decreta la relegación de los leprosos, hombres, mujeres, niños, - 06.01.1866 - a la pequeña península de Kalaupapa en la cercana isla de Molokai, cárcel infranqueable con las inmensas montañas a la espalda y la mayor aún del mar por delante. Su desdichada suerte preocupa a la misión católica. El obispo habla de ellos con sus sacerdotes. Él no quiere enviar a nadie en puesto fijo, porque como decía era una “crueldad” por el peligro de contagio. En la reunión cuatro misioneros se ofrecen para turnarse cada tres meses. Damián pide partir el primero: era el 10 de Mayo 1873. Al cabo de algún tiempo, Damián lo considera ya como el destino de su vida, en el obispado de Honolulu reciben 200 cartas de los leprosos católicos, el mismo Honolulu crea un estado de admiración que la prensa y las conversaciones subliman. Al fin el obispo accede. Así comenzaron los 16 años de estancia que le llevaron al contagio, en el que vivió cuatro años y partió al cielo el 15 de abril de 1889, a los 49 años de edad. Sus restos fueron repatriados en 1936 a Lovaina, donde

descansan en la tumba de la cripta de la iglesia (S. XV) que él conoció ya anexa al convento de los Sagrados Corazones.

Su partida para “la isla maldita”, la noticia de su contagio en 1885 y la de su muerte, impresionaron profundamente a sus contemporáneos, cualquiera que fuese su condición religiosa. Desde su desaparición, ha sido considerado como un modelo y un héroe de la caridad. Identificado con los leprosos hasta el punto de expresarse con su “nosotros leprosos”, continúa inspirando a millares de creyentes y no creyentes, con deseo de imitarle e intentando “descubrir la fuente de su heroísmo” (Gandhi)

SERVIDOR Y TESTIGO... SIN VOLVERSE ATRÁS.

La vida del Padre Damián nos revela que su generosidad le empujaba de continuo a hacer suya cualquier iniciativa en la que reconocía la mano de la Providencia. Sus variadas circunstancias, son otros tantos signos y llamadas que él sabe ver y comprender. Al seguirlas con toda la fuerza de su energía, tiene conciencia de estar cumpliendo la voluntad de Dios. “Convencido de que Dios no me pide lo imposible, actúo con decisión, sin más preocupaciones (Al Sup. General, 21.12.1886) Recorremos su vida: durante un retiro espiritual en Braine-le-Comte donde estudia francés, decide seguir la llamada de Dios a la vida religiosa. Su hermano le orienta hacia la Congregación en la que ya le había precedido. Orientado como granjero, será religioso. La enfermedad de este último le brinda la ocasión de ofrecerse para ir a las misiones en su lugar: asombra que su petición sea aceptada por París pues le faltan dos años de estudios y se embarca para Hawaii. Estando allí, el obispo describe ante sus misioneros la situación desgraciada de los leprosos de Molokai: Damián adelanta el ofrecimiento para ser el primero en servirlos.

Presente ya en medio de los leprosos, se siente un padre para ellos, lo mismo que un guardián exigente de la moralidad pública, impidiendo que unos desalmados se apoderaran y viciaran aún más el ambiente general. Defiende a su familia, a los que quieren serlo. Conoce los riesgos del trato cotidiano con sus enfermos. Tomando las precauciones razonables, consigue mantenerse sano durante más de una decena de años. No deja por eso de arriesgarse. No se conoce su pensamiento, nunca lo reveló, pero tuvo que haber un cierto momento en que quiso ser libre en el ejercicio del amor, arrojó por la borda las amarras que lo aseguraban en la tempestad y obró ya en todo como uno cualquiera de sus enfermos, por ejemplo, comiendo juntos con la mano en el mismo cuenco y fumando la misma pipa que pasaba en ronda entre los comensales. En este momento supremo de su vida, Damián vuelve a reafirmar su confianza en la voluntad de Dios sobre él y declaraba: “Estoy feliz y contento, y si me dieran a escoger la salida de este lugar a cambio de mi salud, respondería sin dudarle: Me quedo con mis leprosos toda la vida”.

MÉDICO DE CUERPOS Y DE ALMAS

Desde el primer instante, Damián actuó con el deseo imperioso de aliviar el sufrimiento físico de los leprosos. Día tras día cuida de los enfermos, venda sus heridas distribuye medicamentos. Reconforta a los moribundos, entierra en el cementerio, al que llama "el jardín de los muertos", al lado de la iglesia y de su casa. En el amplio bolso de su sotana se mezclan los frascos de medicinas y los de los santos óleos. Se ha llegado a puntualizar sobre si se sentía más médico que sacerdote. Planteamiento poco sabio e inútil. Eran hombres y mujeres, y no sabría decir lo qué más le sofocaba, si el aliento apestoso de su boca gangrenada o la pestilencia que llegaba a sus oídos desgranando el recuerdo de sus vidas.

Se interesa también por los progresos de la ciencia, experimentando en sí mismo nuevos tratamientos, que comparte con los enfermos. Consciente del impacto de la prensa, no duda en alentar a aquellos de sus corresponsales que publican libros o artículos sobre Molokai. Sus superiores religiosos lo consideran una fatuidad de alguien a quien su gloria se le ha subido a la cabeza. ¡Honorable psicólogos!. Lo que de ahí surge, precisamente, es un gran movimiento de solidaridad

Su familiaridad con el sufrimiento y la muerte agudiza en él, por compensación, el valor de la vida. La paz y la armonía que le llenan, florecen a su alrededor. "Hago lo imposible, escribe, por mostrarme siempre alegre, con el fin de levantar el ánimo de mis enfermos". Su disponibilidad, su optimismo, su coraje, características de su recia fe, conmueven los corazones. Todos se sienten invitados a compartir su alegría de vivir, a superar los límites de su miseria y angustia, al mismo tiempo que los de su estrecho pedazo de tierra encarcelada en que habitan. En esta lucha dramática por la vida entre las manos de la muerte, Damián es la imagen visible del Dios de la vida invisible, en la que cuando uno entra todo es ya horizonte hacia el que se encaminan. "Deseo morir y estar con Cristo", clamaba su catequista al verle entrar en su casa con el santo Viático. Aunque parezca una sinrazón, ahuyentó y espantó a la muerte de Molokai. Por eso sus enterramientos, a banderas desplegadas y a los sonos de la banda de música. Es lo que les enseñaba, es lo que sentían cada vez que les repetía: "Leprosos, pero no en el cielo".

CONSTRUCTOR DE EQUIPAMIENTOS Y DE COMUNIDAD

El "infierno de Molokai", amasado de egoísmos, de desesperación y de inmoralidad se trasforma, gracias a Damián, en una comunidad que causa admiración al mismo gobierno, que tampoco queda libre de los problemas que le suscitaba su preocupación por los enfermos. Orfanato, iglesia, viviendas, equipamientos colectivos: todo se hacía con la ayuda de los menos impedidos. Se amplía el hospital, se acondiciona el embarcadero y sus caminos de acceso, se tiende una conducción de agua. Damián abre su almacén donde pueden aprovisionarse gratuitamente los más necesitados, sobretodo en ropas de invierno. Alienta a su gente a cultivar la tierra, plantar

flores ante sus casas. Les entretiene con competiciones, las fiestas flamean de banderas y guirnaldas y hasta una famosa fanfarria potencia lo festivo y transforma esa tristeza de la muerte, a veces diaria, ya recordada. En todo ello el gobierno hace lo que puede – benévola concesión - aunque con menos preocupación. Así, gracias a su presencia y actuación, los que habían sido abandonados a su suerte, redescubren la alegría de encontrarse juntos. La entrega de sí mismo, la fidelidad, los valores familiares, recuperan su sentido. La vida junto al otro por necesidad o con enfrentamientos, se va reemplazando por la reconocida felicidad de cada ser humano, aunque esté horriblemente desfigurado por la lepra. Damián, aunque no hubiera hablado, les hizo descubrir que a los ojos de Dios todo hombre es algo precioso, ya que los ama como un Padre y en Él todos se reconocen hermanos y hermanas.

APÓSTOL DE LOS LEPROSOS

“Médico y constructor”, Damián es sin embargo, mucho más que un simple filántropo o el héroe de moda en su entorno histórico. Es en su corazón de sacerdote y de misionero donde habían resonado “los grandes lamentos” que recordaba en su primera carta dirigida desde este exilio al Superior General (Agosto 1873), gritos con que pedían un servicio sacerdotal los leprosos cristianos abandonados. Excepto por Navidad o por Pascua en que se acercaba algún misionero, raramente aparecía algún otro. A los pocos días de convivir entre ellos, confiesa: “Son muy horribles de ver, pero tienen un alma rescatada al precio de la sangre adorable de nuestro divino Salvador”. Damián procura que se beneficien de todas las riquezas de su ministerio sacerdotal, reconciliándolos con Dio y consigo mismos, asegurándoles el medio de unir sus sufrimientos a los de Cristo por la comunión de su Cuerpo y de su Sangre. Bautismos, matrimonios y entierros, se celebran procurando abrir los espíritus y los corazones a las dimensiones universales de la Iglesia de Cristo. No están solos en el mundo. Acogidos por Dios, identificados con Cristo, en la gran familia de la Iglesia, los rechazados por la sociedad como leprosos, en Molokai, descubren con Damián que su enfermedad no ha sido tan cruel si les ha valido la solicitud del corazón de su sacerdote, que les ha valorado tanto y de tal modo les ha limpiado la piel del alma: “Mi mayor dicha es servir al Señor en sus pobres hijos enfermos, repudiados por los otros hombres”.

SEMBRADOR DE ECUMENISMO

Como sacerdote, Damián se siente ante todo un misionero católico, hombre como era de su tiempo. Por convicción de fe y por temperamento, tiene la certeza de que su camino es el buen camino. Sin orgullo, solo por simple honestidad. Esta le va conduciendo a una actitud suave y tolerante. En los comienzos de su apostolado, los años de la Isla Grande de Hawaii, le duelen los frutos que les proporcionan a los calvinistas la abundancia de sus fuertes medios económicos, sus escuelas, sus iglesias, sus enormes campos de trabajo en que han de emplearse sus cristianos. Lo teme y le entristece. Echa mano de sus fuerzas físicas y como un chico grande se gloria de que ha llegado a lugares casi inaccesibles en 40 minutos, lo que al pastor protestante le costaba dos horas.

Ese espíritu de competitividad atlética, tan natural de su temperamento, se sosiega en Molokai. Allí su lucha atlética, implacable, se va a volver contra los explotadores con los licores degradantes de la mínima dignidad humana, convirtiendo el lugar de entretenimiento en el "poblado de los locos", donde se grita en nocturnas orgías "aquí no hay ley". Damián irrumpe en plena noche, acompañado del policía, a contundentes garrotazos destruyendo alambiques, calabazas llenas de "ki" enloquecedor. La gente, con sus puestos de vigilancia, ha conseguido llegar a huir. Esta , y otra gente innoble, se dedica a la trata de niños huérfanos, chicos y chicas, que se ven abandonados por las tapias cuando ya no son más que carne de muerte. Lo mismo con las mujeres. De aquí nació su obra que le dio tantos consuelos en medio de tal basurero. Quiere esto decir que la miseria humana hizo más tolerantes y comprensivas sus creencias religiosas. Es bueno y considera amigo a quien hace el bien a los demás. Pero, sin confundir las cosas, nunca acudió a celebración religiosa alguna de cualquiera de las otras religiones.

Todo en Molokai le va conduciendo a una actitud comprensiva y acogedora en este aspecto, mayor de la que tenía al pisar tierra hawaiana. Alcanza a respetar las convicciones religiosas de los otros, los acepta como personas religiosas y recibe con gratitud su colaboración y su ayuda. Con el corazón abierto a la miseria humana, no hace diferencia alguna cuando se trata de acercarse y de cuidar a los leprosos. En sus actividades parroquiales o caritativas, hay sitio para todo el mundo. Cuenta entre sus amigos – y de los mejores – con el luterano Meyer, superintendente de la leprosería, que tanto le ayudo, le aconsejó y al final, ya moribundo, le visitó frecuentemente. Del mismo modo con E. Clifford, piadoso anglicano de Londres, que le visitó poco antes de su muerte y pudo pintarle su retrato tan difundido, a quien dirigió su última carta que terminaba: "Adiós, hasta el cielo". Con el párroco anglicano Chapman, que se volcó generoso con los leprosos con miles de libras y comprometió a tantas familias inglesas, junto con sus niños, desbordantes de amistad. Damián había escrito a Chapman con esta sutilísima delicadeza: "...para que podamos todos tener una misma fe y pertenecer a la verdadera Iglesia, una y apostólica, y habiendo alcanzado todos estar unidos en Jesucristo, obtener la misma corona eterna en el cielo" (26.8.1886). Lo mismo con el médico de la leprosería, el Dr. Arthur Mouritz, que comenzó su testimonio en el proceso oficial para la beatificación del Padre Damián: "Soy librepensador, no creo en Dios, pero rezo". Su testificación es una de las más hermosas de todo el proceso.

EL HOMBRE DE LA EUCARISTÍA

"El mundo de la política y de la prensa pueden ofrecer pocos héroes comparables al Padre Damián de Molokai. Valdría la pena buscar la fuente de la inspiración de semejante heroísmo". Así resumía Gandhi las preguntas que le suscita su vida.

La respuesta la encontramos en su fe, la fe recia y austera heredada en su familia, la que enriquece después por ser religioso de los Sagrados Corazones.

Damián vive su vocación recibiendo la gracia de contemplar, vivir y anunciar el Amor misericordioso de Dios, revelado en Jesús y al que nos conducen los pasos de su Madre, María. Para realizar esta misión, su propia experiencia personal orientada por la tradición de su Congregación, le hacen encontrar la fuerza necesaria en la fuente del Amor y de la Vida: la Eucaristía. Jesús, convertido en Pan de Vida y en Presencia de Amistad y consolación de la cercanía del Amor de Dios.

Su imitación de Jesús, vida para hambrientos y enfermos, consuelo de amargados y desesperados, le impulsa a identificarse con su pobre rebaño. Alguna de las noches en que paseaba entre las tumbas de cuantos había enterrado, el rosario en la mano, hubo de pasar posiblemente por su aterrador Getsemaní de lo que ya presentía que le estaba sucediendo. Habían corrido ya los doce años que él había pedido a Dios para realizar su labor y, aunque la sabía inacabada, sí que creía demasiado en la Providencia como para que olvidara que él se había emplazado. Creía también demasiado en el amor de Dios que quema cercano, en el amor de "Aquel que no me abandona nunca" con el que podrá permanecer fiel hasta el final, más allá de la cruel enfermedad, de la penosa soledad, de las críticas injustas y hasta de la incompreensión de los suyos. Qué bien conocía a Jesús!

Su testimonio es incontestable: "Sin la presencia de nuestro divino Maestro en mi pobre capilla, jamás hubiera podido mantener unida mi suerte a la de los leprosos de Molokai". En un profundo acto de humildad, atribuye a la presencia de Jesús cercano la apertura de los surcos en que él, solo deja caer una semilla.

LA VOZ DE LOS SIN VOZ

Una presencia semejante, en medio de unos hombres echados fuera de este mundo, necesariamente tenía que interpelar las conciencias. No habían transcurrido dos meses desde la muerte de Damián, cuando se funda en Londres el "Leprosy Fund", primera organización de lucha contra la lepra. El "nosotros los leprosos" de Damián no era una figura retórica, sino la verdad de una identificación de grupo con quienes, a causa de su enfermedad, clamaban por su derecho a todos los "derechos del hombre", sobretodo los del respeto y del amor de los otros, que han de hacer algo más que lamentarse.

Al compartir la vida de los leprosos, al convertirse finalmente él mismo en leproso, Damián había lanzado una vibrante llamada al reconocimiento de la dignidad de todos aquellos a los que una enfermedad, una invalidez, una miseria cualquiera, puede suponerles un peligro de marginación. Nada puede justificar el aislamiento y el abandono de un ser humano, menos aún del débil y del indefenso. Nada hay más cínico que una sociedad que margina y maltrata a las víctimas de su propio egoísmo, caso flagrante de la prostitución globalizada, lepra multinacional.
¡Damián!, vuelve a jugarte la vida por los que tanto amas.

MENSAJERO DE ESPERANZA

La vida y la muerte de Damián son hechos proféticos. Si denuncian actitudes contrarias a la dignidad del hombre, es porque traen consigo también una buena noticia de esperanza. Damián no es un profeta de calamidades.

Hoy, como entonces surgen por el mundo toda clase de marginados: enfermos incurables (sidáticos y tantos otros), niños abandonados y explotados, jóvenes desorientados, mujeres comerciadas, ancianos desatendidos, minorías étnicas oprimidas, refugiados y emigrantes desolados, hambrientos olvidados.... Para todos ellos Damián sigue siendo el portavoz del amor infinito del Dios sin voz: amor infatigable, hecho de compasión con el que sufre, de confianza en el hombre hecho a su imagen. Así surge *“la esperanza en el corazón de lo imposible”*, que es la buena noticia para los débiles.

Esta esperanza no engaña si el imposible se va realizando. Un día aparece un Buen Samaritano, que se inclina sobre aquellos que la enfermedad, los maltratos de género la sevicia múltiple de la que el hombre tiene la patente, había arrojado al borde del camino. Florece la esperanza de nuevo. Porque por este título, Damián se convierte en ejemplo para cualquier hombre o mujer que desea comprometerse en la lucha de un mundo más justo, más humano, más conforme con el corazón de Dios.

Servidor de Dios, Damián es y continuará siendo para todos, el servidor del hombre, que más aún que vivir, lo que necesita son razones para vivir. Este es el Damián que todavía hoy sigue desafiándonos.

.....

Documento preparado por el
Gobierno General de la Congregación
ante la celebración del centenario
de la muerte del P. Damián (1989)

Revisión y adaptación: Joaquín Salinas, ss.cc.

P. D. V.